

El correspondiente de París  
Hija autógrafo diaria

Servicio de la prensa española

Redacción y Admón  
17 y 19 rue Mambenge  
París.

Año V. - Núm. 550.

París 20 de Febrero de 1889.

### La situación.

La crisis continúa, y estamos hoy en la misma idéntica situación en que nos encontrábamos hace cinco días. Es inútil decir cuanto se resiente el país de este estado de incertidumbre en que vive, y con cuanto holgora manifiestan su regocijo los enemigos declarados y los enemigos selapados de la República, siempre al acecho para empujarla, a ella o a sus hombres, del lado de su mayor desprestigio después de haber intentado inutilmente prepararla y conseguir su ruina.

Pero volvamos por un momento los ojos hacia la crisis. Todo el mundo está sorprendido - sin dejar de convenir en que las dificultades de la situación son grandes - de la lentitud que está demostrando Mr. Carnot en la solución de asuntos tan importantes y a la vez tan preventorios como lo es siempre el del nombramiento de un gabinete. Sin embargo, como hemos tratado de demostrar en correspondencias anteriores, la solución no podía estar más indicada. - Contra todas las reglas del parlamentarismo, y hasta de la aritmética - por poco que se hubiese fijado en el resultado numérico de la votación que dio al tratado con el ministerio dimisionario - el presidente de la República ha intentado constituir un gabinete con el grupo que, a excepción de los boulangistas, se encuentra ser el menos numeroso de todos los grupos de la Cámara. Creyó que los apetitos y rencoras oportunistas quedarían suficientemente disminuidos, sino por la autoridad contestable, a lo menos por la respetabilidad de ese pobre Mr. Méline, presidente hasta cierto punto inverosímil de la Cámara... Nuestros lectores han visto por nuestras cartas precedentes cómo Mr. Carnot se ha equivocado. Hasta en el mismo campo oportunista la combinación Méline-Rouvier ha en-

contrado invencibles resistencias y no pocas repugnancias. ¿Cómo sería ella cuando ni los mismos, a quienes más directamente tenía que aprovechar han querido apoyarla! Era, en efecto, una solución híbrida que a nadie satisfacía y que a muchos disgustaba, y como estaba condenada a nacer muerta, sucumbió antes de nacer. El De profundis se lo cantó el presidente de la Cámara confesando simplemente al jefe del Estado que se consideraba impotente para llevar las cosas a feliz término siguiendo sus tentativas del lado que Mr. Carnot mismo le había aconsejado.

Fracasados todos los proyectos intentados hasta ahora; ¿qué es lo que va a hacer Mr. Carnot? He aquí lo que todo el mundo se pregunta y lo que nadie seguramente sabría contestarse de una manera concluyente y satisfactoria en el momento en que escribimos.

Y ahora, en vista de la poca habilidad y de la extrema lentitud con que obra en este delicado y urgente asunto el presidente de la República, permitásemos que digamos algo por nuestra exclusiva cuenta a guisa de comentario.

Jamás nos hemos hecho grandes ilusiones con respecto a la personalidad de Mr. Carnot. Hay que convenir en que un hombre no llega a la categoría de genio porque se le pase alrededor del cuello el gran cordón de la Legión de Honor o porque, a fuerza de costumbre o de la empujada educación adquirida, entienda la manera de presidir con exquisita corrección todas las solemnidades nacionales. Nadie ignora, por otra parte, que Mr. Carnot no ha sido elevado a la primera magistratura de la República a causa de sus capacidades políticas. Su probidad inmaculada le designó indudablemente a la preferencia de los electores del Congreso; pero no es tampoco ella - que otros había en la Asamblea tan íntegros como Mr. Carnot para poder ser igualmente elegidos - la que aseguró el éxito de su elección presidencial, la cual fue debida a dos razones que nadie habrá de negarnos: la primera, porque su elección impedía la de Mr. Floquet, Mr. Ferry (este sobre todo) o Mr. Freycinet; la segunda, porque como Mr. Carnot carecía de partidarios, su elección no podía ser considerada ni como la victoria, ni como la derrota de ninguna de las fracciones del partido republicano.

Particularmente, pues, estamos muy lejos de comprender que Mr. Carnot se dé en estos momentos por

Paris 20 febrero 1889.

F. 3.

De esta prontitud de resolución que solo es patrimonio de los verdaderos hombres de Estado. — Pero lo que no podemos comprender, lo que hasta cierto punto no acertamos a explicar, es que desde los primeros momentos de esta laboriosa crisis no haya pensado en rodearse de la ilustración y de las luces de aquellos hombres que, por su situación o por sus talentos, estaban en mejores condiciones que nadie para darle un útil consejo. Mr. Floquet, por ejemplo, ha sido durante varios años presidente de la Cámara, a la que por cierto presidía a maravilla. Después ha sido, durante diez meses consecutivos, presidente del Consejo y ministro del interior. En todo este tiempo, relativamente largo, ha sido constantemente sostenido por una mayoría que ha comprendido siempre la casi unanimidad del partido republicano. El día mismo en que un voto de sorpresa afle ha precipitado del poder, todavía Mr. Floquet ha podido reunir a su favor un núcleo de 218 votos republicanos. ¿Cómo se explica, pues, que Mr. Carnot no haya llamado al presidente del Consejo divisionario para asesorarse con él acerca de las dificultades de la situación y de la mejor manera de resolver el conflicto? ¿Lo que decimos de Mr. Floquet lo decimos con relación a Mr. Goblet, quien también ha sido presidente del Consejo y es, además, uno de los raras hombres políticos cuya autoridad no ha disminuido en un solo quilate por el ejercicio del poder. El mismo Mr. Méline no ha sido llamado al Eliseo más que como una pantalla de esa política de rencores y camarillas que representa el oportunismo y que, por un resto de pudor, no se atreve a salir a la clara luz del día en estos momentos de responsabilidad y de verdadera peligro. ¿En fin; qué más? parece ya cosa indubitable y que debe pasar a la historia, que Mr. Carnot no ha tomado seriamente consejo de nadie, desde los comienzos de la crisis, ... más que de Mr. Rouvier y del general Brugère, secretario de la presidencia y hombre de reconocidas aficiones orleanistas este último, y el primero, el personaje más impopular — Después de Mr. Ferry — que figura en el partido republicano y aquel a quien con más razón podría imputarse la responsabilidad de muchas de las torpezas que procedieron a la caída de Mr. Grévy de la presidencia de la República.

Todos estos hechos, que pertenecen ya al dominio público, producen en la gran masa de la opinión una impresión altamente desfavorable. Esperamos, aun, y veamos si en el último mo-

